

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La ciencia Antigua*, por D.^a Angela Grassi.—*A mi alma* (poesía), por D. Constantino Gil.—*La Bendicion paterna* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*La subida de la marea* (continuacion), por M. S.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 857.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

REVISTA DE MODAS.



ESTE año, las mujeres verdaderamente elegantes, se visten de blanco. Cierito es que nunca los trajes blancos fueron susceptibles de tan lindas combinaciones. El transparente de color de rosa, azul, malva, maiz y negro, bajo un traje de blanca muselina, es lo mas distinguido que entre sus numerosos atavíos ofrece la Moda de estío, y la última combinacion ha servido para trajes de medio luto que, auxiliados del guipure, tenian toda la melancólica dulzura de la hermosura velada por el dolor. Los entredoses blancos ó negros, entran como principal adorno en estos trajes, cuyas faldas suelen hacerse con bullones separados por entredoses, con jaretas en las mismas condiciones, ó unidos los paños por los entredoses, que se repiten infaliblemente en las costuras del hombro, y en la parte superior del pecho y la espalda, simulando caprichosas camisetas.

Tambien para traje de campo impera el vestido blanco, que tiene sobre los otros el privilegio de lavarse sin deterioro y sufrir sin palidecer los rigores del sol. Entre las creaciones en este género citaremos como mas nuevas un vestido corto de piqué, doble falda, la mas interior cortada á ondas en el bajo orilladas de un agreman de pasamanería negro y de paja, levantándose la segunda en todas las costuras por el mismo agreman, que sigue toda la costura del paño: el cuerpo le forma una camiseta blanca, y completa el traje un paletot corto y holgado de la misma tela con ondas como las de la primera falda.

Otros dos trajes de mucha novedad y esquisito gusto, son: el primero compuesto de falda corta de seda azul y otra encima de muselina blanca adornado de bieses azules en el bajo (*Figurin* 857.) El cuerpo, con cuello y solapas bordadas con trencilla, se abotona al lado izquierdo, y su al-

deta de picos alrededor va orillada de un biés azul y fleco de cristal. La manga es justa con vuelta, y el cinturon de seda azul. Estos cuerpos chinos tienen la mayor adaptacion para trajes de campo, y el que nos ocupa debe ir acompañado de un sombrerito de paja de arroz con ala de seda blanca, sobre la que descansa un hilo de perlas, y fleco de las mismas por detrás al pié de la guirnalda de rosas, que rodea la copa. El otro traje, de alpaca blanca, lleva dos faldas cortas, lisa la primera y con profundas ondas la segunda, orilladas de ancho biés de seda verde, que se prolonga entre cada una hasta el talle, adornando un lazo de la misma seda la division de las ondas: bieses de seda adornan diagonales todo el espacio que se vé de la falda primera, y el mismo adorno rodea el escote del cuerpo, alto por detrás, y redondo y muy bajo por delante: la manga es justa con bieses en toda ella colocados en V, y completa este traje original una mantilla redonda de la misma alpaca forrada de seda verde, que se prende de la frente como sombrero, y se prolonga hasta mas bajo del talle como mantilla de Mallorquina. Una camiseta alta de muselina con corbata cubre el pecho.

Los trajes que se hacen en telas sultana, pelo de cabra, foulard, etc., obedeciendo á la influencia de la Moda, se prefieren tambien en fondos blancos, y con ellos compiten las muselinas estampadas llamadas *Italianas*, tan propias para los vaporosos trajes de verano, que no exigen mas adorno que un cinturon flotante, ó fleco de cristal alrededor, capricho que obtiene por el momento extraordinario éxito.

Los paletots sin mangas siguen disfrutando general favor. Llévanse de la tela misma de la falda sobre camiseta de guipure ó muselina, y se usan mucho en chaly y alpaca blanca sobre traje de seda azul, rosa ó malva, en cuyo caso las mangas del traje cortan la monotonía del paletot. Lo uno y lo otro es tan caprichoso como lindo!



Los encajes, que principiaron á hacer furor este invierno en los trajes de sociedad, han sabido sostenerse con la Moda de estío, y se ven sobre los trajes claros, camisetas, paletots, cinturones, vestas de encaje blanco ó negro, y hasta sombrillas. El encaje domina sin rival, y entre todos el Cluny perlado (bordado con azabache ó cristal), se lleva la palma!

La lencería de la estación se recomienda por su variedad: se ven infinidad de formas en los cuellos de mañana, los que caracterizan siempre un sello de elegante sencillez, y se ven de riquísimo encaje para trajes de mas pretension. La enagua adornada de volantes encañonados, es siempre la enagua de gran señora, y los trajes cortos que van sobre ella permiten lucir como nunca esta distinguida prenda del atavío femenino. La lencería en general se adorna hoy con lindos bordados y entredoses de Cluny, y sabido es que la buena lencería es la verdadera prenda de la señora acomodada, y por la lencería, en general, se conocen las dotes de la mujer.

Los sombreros en nada han variado desde nuestra última revista, adornándose muy principalmente con ligerísimas guirnaldas de flores, que se anudan flotantes por detrás. Las flores con los sombreros diminutos han vuelto á recobrar su imperio, y esto era natural: quitemos las flores, las cintas, los flecos... y ¡adiós sombrero! ¡Desaparece sin

escamoteador! ¡Hay algunos que son tan solo una tira del ancho de la palma de la mano atravesada sobre el cabello!

En trajes de niños domina este año sin rival el carácter breton! Los niños llevan siempre la doble falda, abierta la superior, ondeada ó cruzada al costado, combinaciones todas muy admitidas para las niñas: el paletot holgado de la misma tela que el vestido, ó de franela blanca, ribeteado de tafetan de color, suele ser el adoptado para la edad de cinco años en adelante, y el sombrero birrete ó calañés es el indispensable complemento. Los niños deben á la Moda actual trajes completos de lana dulce gris ó habana, compuesto de calzon ancho y corto, chaqueta holgada y chaleco, todo guarnecido de galones de igual color. Este traje, por la comodidad que ofrece y lo sueltos que deja los movimientos, es el adoptado para los niños hace ya algunos meses, y su mejor apología consiste en el tiempo que lleva rigiendo esta Moda. Para niño de ambos sexos, y menor edad de tres años, recomendamos un vestido de organdí blanco (Figurin antes citado), con volantito encañonado al canto de la falda, y tres órdenes de cinta rosa encima de su pegadura: dos cintas rosa orillan el escote cuadrado del traje y la manguita corta, completando el diminuto traje cinturón rosa, atado atrás con cabos flotantes y botitas de seda de igual color.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA CIENCIA ANTIGUA.

Siento que no hayas podido asistir á nuestra semanal reunion, querida Julia. Para resarcirte del placer de que te viste privada, voy á trascribirte un animado debate que sostuvo contra todos, semejante á los heróicos paladines antiguos, aquel viajero infatigable de elevada estatura y aspecto majestuoso, que tanto nos agrada por sus profundos conocimientos y su elocuencia fácil y espresiva.

Tratábase nada menos que de la ciencia moderna, y se entonaba un coro de alabanzas al siglo XIX. Preguntaron su opinion al viajero, que permanecía callado, y éste respondió con modesto aplomo.

—Nada puedo añadir á los justos encomios que Vds. prodigan á la época presente. Yo soy el primero en arrodillarme delante de los altares del progreso, y en quemar incienso ante el ídolo luminoso, que arroja su clarísimo resplandor sobre todos los ámbitos del globo! Solo que para ensalzar á un ídolo legítimo y verdaderamente poderoso, no parece justo deprimir á los ídolos anteriores. El progreso, hijo de Dios, enviado por Dios á fecundizar la tierra, y á trazar la senda que debe unir la con el cielo, no necesita un trono formado por los despojos de sí mismo,

como no quisiera el hombre un pedestal formado con sus ilusiones y esperanzas de niño, porque sabe que aquella alma débil y pueril que tales ensueños forjaba es la misma que le alienta, y que no ha hecho mas que fortalecerse por medio de la edad y del estudio.

El progreso nació con el mundo, se encarnó en los primeros pastores, y erigió su trono entre los que derribaron los troncos de los árboles para formar la primera aldea. ¡No le escarnezamos en su precario origen para enaltecerle hoy: el Danubio, antes de ofrecer su ancho seno á las embarcaciones, es un compuesto de humildes fuentecillas, es pobre arroyo que cede y se destrenza ante la piedrezuela que encuentra en su camino. ¡No llamemos bárbaros á nuestros antepasados: dejemos dormir en paz sus cenizas venerandas!

Además, yo no opino como Vds. con respecto á la ciencia antigua: yo he visitado á Persépolis, Ninive y Babilonia; he consultado sus recuerdos, esculpidos en sus ruinas; he interrogado el polvo de sus sepulcros, y á pesar del brillo deslumbrante de hoy, no puedo resolverme á llamar incultos á los que fueron sus habitantes.

La descripción de una ciudad cualquiera de aquella época remota, bastará á dar á conocer su ilustración.

Elegiré por tipo á Antioquía, porque fué el hogar primordial en donde se encendió la fé de Jesucristo, el foco de

donde salieron los raudales de luz evangélica que iluminaron el mundo.

Situada entre el caudaloso Oronte y la cordillera del Silpios, que es un ramal del monte Casio, no tenía rival en el orbe, por la frondosidad y la pintoresca belleza de sus cercanías.

En la orilla izquierda del río se eleva la ciudad, rodeada de campos esmaltados, de flores y perfumados bosques; á la derecha se extiende una vasta llanura, limitada á un lado por el río Amanno, y al otro por las eminencias, cubiertas de arbustos odoríferos de la Cyrhéstica, detrás de las cuales se siente ya la proximidad del África y del desierto.

Contaba Antioquía mas de quinientas mil almas, y su circuito era tan grande como el de París, antes de sus recientes ensanches.

Sus murallas, estendiéndose á lo largo de los picos que la cercan, abrazaban la cima de los montes, formando con las rocas, á una altura inmensa, una corona dentellada de un efecto maravilloso.

De tan estraña disposicion resultaban en su interior mil sorprendentes perspectivas. Véanse aquí y allá, dentro de su recinto, montañas de setecientos piés de altura, peñascos cortados á pico, precipicios, abismos profundos, lagos, cascadas, grutas inaccesibles y verjeles deliciosos. Tan pronto se hallaba una espesura formada de mirtos, de laureos, de musgo florido y plantas siempre verdes; tan pronto colinas tapizadas de jazmines, de jacintos, de rosas, que daban á aquellas alturas el aspecto de jardines suspendidos en el aire.

Tan variados y magníficos paisajes, concordaban perfectamente con la magnificencia y suntuosidad de los edificios.

Elevada Antioquía al mas alto grado de esplendor por los Seleucidas, que sobrepujaban á los romanos en el gusto de las decoraciones teatrales y de efecto, poseía un verdadero tesoro en obras maestras de arquitectura y bellas artes. Templos, basílicas, acueductos, baños, teatros y palacios; nada faltaba en ella de lo que constituía el fastuoso ornato de las ciudades antiguas. Corrian á lo largo de las simétricas calles inmensas columnatas, y las encrucijadas ostentaban estatuas, fuentes y obeliscos de un mérito prodigioso.

El Corso, principalmente, ancho y bellissimo paseo, de mas de una legua de largo, que cruzaba la ciudad de un extremo á otro, estaba adornado con cuatro hileras de columnas, que formaban dos galerías cubiertas, dejando en medio una espaciosa avenida sombreada de plátanos y sicómoros.

Para completar el espléndido cuadro, debo añadir que la mitología griega se había creado allí como una segunda patria, y la ciudad disoluta, llena del culto de Apolo, se entregaba sin interrupcion á las fiestas, los bailes, los juegos, las procesiones y las bacanales, haciendo en sus ridículas ceremonias ostentacion de un lujo desenfrenado.

Ahora bien; ¿creen Vds. que las generaciones que se albergaban en medio de tantas magnificencias, podían merecer el epíteto de bárbaras?

Es verdad que entonces no se pensaba en que un poco

de agua, reducida á vapor, pudiese dominar los vientos, devorar las distancias y suplir el trabajo de millares de brazos en los ferro-carriles y las fábricas de tejidos. Es cierto que no se pensaba en que, aprisionando el rayo, se pudiese transmitir la chispa eléctrica y con ella el pensamiento de un polo al otro polo, ni en que apoderándose del fuego y concentrando los rayos del sol en la cámara oscura, se pudiese obligarle á dejar allí estampada una imagen cualquiera.

No se pensaba tampoco en que pudiese realizarse algun día la estraña paradoja de iluminar palacios, teatros y ciudades, con la fúlgida luz estraída del agua, ni transformar el algodón en mortífera pólvora, para que fuese rayo de la guerra. No se pensaba, por último, en reducir el almidon, el lienzo, la madera en azúcar blanca y cristalizada; en condensar el alumbrado público, transformándolo en aguardiente, y lo que es mas importante aún, en destruir el dolor, suspendiendo la sensualidad física durante las crueles operaciones de la cirugía.

No, en nada de esto se pensaba, nada de esto se había descubierto, y no obstante, ¿quién sabe si se hubiesen revelado tan admirables secretos á los filósofos egipcios, griegos y romanos, el juicio que hubieran formado de tan bellos adelantos?

Quizás se hubieran sonreído con desprecio, quizás hubieran contestado de este modo:

—¡Ah, no es esta maravillosa luz la que nosotros queremos evocar, sino la luz celeste que debe iluminar todas las almas, y hacerlas visible su verdadera patria! ¡Ah, no nos interesan esos secretos peregrinos, con los cuales podríamos á lo sumo embellecer nuestra morada de un día! ¿Qué nos importan el lujo y la comodidad del albergue, en el cual solo vamos á descansar una breve noche? ¿Lo que nos importa es saber las condiciones del lugar en donde debemos vivir eternamente, prepararnos allí bellos palacios, y saber si á nuestra llegada hallaremos padres y amigos que nos esperen, que nos sonrían, que nos tiendan con efusion sus cariñosos brazos! ¿Habeis visto á muchos desterrados que se complazcan en engalanar con flores y con frutos la choza del ostracismo? ¿No es mas natural que guarden las preciadas semillas para que florezcan en sus propios lares? ¿No es mas natural que, lejos de fijar la atencion en el sombrío paisaje que los cerca, busquen con inquietos ojos los lejanos verjeles en donde duermen sus padres? ¿presten atento oído á los murmullos que el eco lisonjero acaso les traiga de su patria? ¡Somos siervos de un dueño desconocido, y lo que nos importa es saber cuáles son los divinos atributos de este dueño, cómo podremos agradarle y alcanzar de su benignidad que nos dé un asilo en su mismo cielo. ¿Qué interés puede inspirarnos lo que únicamente afecta al polvo; lo que debe tornarse polvo y ser esparcido por el viento? ¿Es acaso justo conceder tanta atencion al barro de la tierra, á lo que vemos, sin duda alguna, que se convierte en barro de la tierra? ¡Ah, no; pensemos en lo que no se estingue, en lo que no se corrompe; pensemos en el alma, que se siente inmortal y digna de sobrevivir á la materia!»

Esto es lo que quizás hubieran respondido los antiguos

filósofos, al hacer ostentación delante de ellos de nuestra maravillosa industria.

Y en efecto, entre los egipcios, los griegos y los romanos, la filosofía, la educación y las costumbres, alejaban la idea de las ciencias exactas y la observación de los fenómenos de la naturaleza, considerados bajo su aspecto puramente físico, les parecía un ejercicio indigno de una razón elevada, y un agravio hecho á la divinidad.

El hombre, entonces, mas cercano de Dios, mas distante de la materia, desdeñaba el cuerpo y sus placeres, para rendir un lúcido culto al alma y á sus inmortales atributos. No hablo de los últimos tiempos de Roma: si la irrupción de los bárbaros no hubiese atajado el curso rápido de su molición, quizás la moderna ciencia hubiera perdido muchos quilates de su gloria.

Antes de esa época, la ciencia grave y severa, solo fijaba su atención en la astronomía, en las consideraciones de un orden superior, y no podía descender de su alto pedestal para ocuparse de las industrias ejercidas por esclavos.

La electricidad, por ejemplo, era ya conocida de los griegos, á quienes se debe este nombre, pues se deriva de *electrion*, que significa ámbar; pero no se tomaron la pena de examinar sus atributos, contentándose con la opinión de Thales, que admitía en el ámbar un alma que por medio del frote se desarrollaba.

Plinio, el observador inteligente de la naturaleza, explica el fenómeno diciendo: «cuando el roce ha dado á este cuerpo calor y vida, atrae á sí pajas y hojas ligeras.»

¿Por qué no trataron de profundizar tan extraña maravilla?

La respuesta se halla en las siguientes palabras de Platon. Hablando de Archytas, á quien se atribuye la invención del tornillo, dice «que corrompe la geometría, que la hace perder su dignidad, forzándola como esclava á descender desde las cosas inmateriales á objetos corporales y

sensibles, y que este trabajo solo es propio de herreros y carpinteros.»

En su República considera las industrias y artes mecánicas como ocupaciones innobles, y admite únicamente en el número de las ciencias elevadas, las de cálculo. «Siempre, añade, que se limite á razonar sobre los números abstractos, y que de ningún modo se fije sobre objetos visibles y palpables.»

Solo de este modo se comprende su ignorancia de los conocimientos físicos mas vulgares, comparada con esas obras colosales y bellísimas, cuyo secreto tal vez se ha perdido para siempre. Homero, Fidias, Apeles, durante tantos siglos, en lugar de rivales, solo han encontrado imitadores, y aun estos, á pesar de todos sus esfuerzos, no han podido hallar ni siquiera el reflejo de aquella divina luz que iluminaba sus obras.

Mas tarde, cuando la irrupción de los bárbaros, la ciencia fugitiva halló asilo en los conventos; pero de allí salió como debía salir, revestida con las antiguas ascéticas formas, y desdeñando las cosas y los intereses de la tierra para remontar su vuelo á las esferas inmortales.

No escarnezamos, pues, á nuestros antepasados, desvanecidos con nuestros adelantos, en el fondo quizás de poca monta; postrémonos delante de sus tumbas, y reverenciemos su memoria!

Este discurso, Julia mía, originó el acalorado debate de que te hablaba al principio.

Yo, pobre é ignorante mujer, pienso que si los antiguos lo daban todo al alma, nosotros lo damos todo á la materia; pienso que si pudiesen amalgamar las antiguas ideas con las modernas, de su unión brotaría el verdadero progreso. ¡Progreso santo, que solo puede existir, teniendo la inmortalidad por lema, y por auxiliar el divino in-creado soplo, que sublima y fecunda cuanto toca!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á MI ALMA.

Soplo que mi mente inflamas,
Sér que en mi seno te agitas
Y que cual nadie me amas,
¿Dime, por Dios, dónde habitas,
Ó al menos, cómo te llamas?

Alma, el vulgo te apellida,
En todo mi sér te siento
Palpitar estremecida,
Y estremecido presiento
Que no es mi vida tu vida.

Tú, mis pasiones enciendes,
Tú, mis deseos comprendes,
Y tú juzgas mis pasiones,
Y meces mis ilusiones
Y mis caprichos defiendes.

Yo, no veo mas allá
De donde mi vista vé;
Mientras que la tuya vá,
Desde otro mundo que fué,
Á otro mundo que será.

Yo, cuando descanso, inerte,
Sin vida y sin movimiento,
Imágen soy de la muerte;
Y sin embargo, te siento
En mi cerebro moverte.

Dios para mí te creó,
Alma, que aliento me das,
Y en mi cuerpo te encerró:
¡Ay! ¡pero tú vivirás
Muchos mas años que yó!

CONSTANTINO GIL.

LA BENDICION PATERNA.

(CONTINUACION.)

IV.

Bendicion y casamiento.

Otra escena, tierna tambien y conmovedora, tenia lugar en la habitacion donde provisionalmente fué depositado Jaime.

Estaba sobre una cama, pálido, sin conocimiento, con el rostro lleno de la sangre que manaba de una ancha herida que tenia en la cabeza.

Un médico y un ayudante estaban curándole; una religiosa les presentaba las lilas y trapos, y Sor Teresa, de rodillas á los piés de la cama, levantaba las manos al cielo en actitud de súplica, y fijaba en el enfermo una mirada llena de inmenso dolor.

En un extremo de la habitacion se hallaba sentado el Conde de Piñalvo; tenia la cabeza entre las manos, y estaba apoyado en una mesa, sumido, al parecer, en dolorosas meditaciones. De vez en cuando un gemido del enfermo le sacaba de su estupor, volvía la cabeza, se estremecía visiblemente, y volvía otra vez á su primera actitud.

Diversas sensaciones agitaban á estos tres interesantes personajes.

Sor Teresa, pura, immaculada, blanca paloma en cuyo tierno corazon no cabia falsedad ninguna, sollozaba con frecuencia cuando sus ojos tristes y llorosos se fijaban en aquel hombre, al parecer moribundo; en aquel hombre que habia sido el único sueño de su vida, su primero y único amor.

Para ella no valian nada las grandezas de la tierra; abrasada por su ardiente amor á la caridad, todo la era indiferente; riquezas, posicion, honores y placeres. Su afan eran los pobres y los enfermos, y el sentimiento íntimo de su alma aquel Jaime querido, compañero de su niñez, y el solo afecto de su juventud.

El Conde sufría por diversas causas; aunque noble y bueno en el fondo, tenia su dosis de orgullo, estaba muy apegado á las preocupaciones de su clase, y no podia comprender por qué aquella jóven y solitaria Hermana de la Caridad despreciaba su amor, sus riquezas y su mano por amar á un hombre que, si bien era persona distinguida, ocupaba en el mundo una posicion modesta y oscura.

Aquí se confundían sus ideas, y sufría mucho viendo en una mujer que adoraba tanta virtud, tanta abnegacion, tanto desinterés, y que aquella mujer no fuera suya y no le consagrara ni un solo pensamiento.

Su generosidad le mandaba protegerla, su orgullo y su pasion, rebelándose contra este mandato, llevaban á su mente maquiavélicas ideas; por eso su rostro sufría diversas alteraciones, reflejándose en él tan pronto el amor como el odio.

En un arranque generoso, y conmovido al ver el profundo dolor de Sor Teresa, la dijo: «¡yo le buscaré y le traeré á

sus piés!» Y en efecto, subyugado por la influencia de la jóven, corrió á buscarle, y le encontró ya en brazos de don Telesforo, que por fortuna llegó á tiempo de recogerle del suelo, donde habia caído, hiriéndose con las piedras de la calle.

Quisieron llevarle á la primera casa que hallaron, pero el Conde, recordando su promesa: dijo: «no, llevémosle al Hospital, está á dos pasos de aquí y Sor Teresa le espera.

En efecto, fué conducido allá, y la jóven recibió la funesta impresion de ver á su amante en aquel estado, porque casualmente se apercibió de que conducían á un enfermo, y acudió á prestar sus servicios, y con el doble objeto de entregar la carta á D. Telesforo, que era uno de los que le conducían.

El Conde al verla aparecer la miró aterrado; hubiera querido prepararla antes de que recibiese aquella nueva herida, pero la casualidad lo dispuso de otro modo, y no tuvo mas remedio que dejar seguir su curso á los acontecimientos, que la mano de la Providencia prepara y entrelaza sin necesidad de intervencion aghena.

El médico concluyó la curacion, y aun el enfermo no daba señales de razon; solo de vez en cuando se escapaba un gemido de su pecho, espresion mas bien del sentimiento que le agitaba, que no del dolor físico, demasiado leve en apariencia.

—¿Pero es cosa grave, doctor? se aventuró á preguntar Sor Teresa.

—No, señora; una ligera herida nada mas.

—¡Ah, gracias á Dios!... exclamó la religiosa con un suspiro de satisfaccion que tranquilizó su alma acongojada.

El médico y el ayudante se marcharon: entonces Sor Teresa se aproximó á la cabecera de la cama, llevando en la mano un medicamento que habia preparado, y que debia hacer recobrar al enfermo el conocimiento.

En este instante entró D. Telesforo, y acercándose al Conde le preguntó:

—¿Cómo sigue?

—Mejor, contestó éste lacónicamente.

—¿Pero es cosa grave?

—No por cierto; una herida ligera, repuso el Conde con mal humor, como si le doliera el bien del pobre Jaime.

¡Ah! no es estraña una ráfaga de egoismo en las almas exasperadas por los celos.

Jaime hizo un movimiento; sus ardorosos y reseos lábios se entreabrieron bebiendo con ánsia el líquido que le presentaba Sor Teresa; sin abrir los ojos murmuró con espresion de indefinible amor: ¡Segismunda! y la jóven, estremeciéndose, dejó caer de sus hermosos ojos una gruesa y cristalina lágrima, que fué á caer en el rostro de Jaime.

Este abrió los ojos, sus miradas se encontraron, y como sus corazones se comprendían y se amaban, bastó un relámpago magnético para restablecer en ellos la armonía.

—¡Segismunda!... volvió á murmurar Jaime con voz débil, cerrando otra vez los ojos como si no hubiera podido soportar el peso de tanta dicha; porque en aquella mirada habia leído un poema de amor y de recuerdos.

El conde de Piñalvo, apercibiéndose de lo que pasaba, se levantó de la silla, apoyándose en la mesa con un movimiento rápido y nervioso; quiso dirigirse hácia ellos, pero

Sor Teresa, adivinando que la vista de aquel hombre sería la muerte para su amado, extendió el brazo con ademán de profunda dignidad, y le señaló la puerta.

El Conde, aterrado, bajó la cabeza, volvió á levantarla pálido como un cadáver, dió dos pasos tambaleándose hacia la puerta, y teniendo ya la mano izquierda en el picaporte hizo con la derecha un signo de despedida á Sor Teresa, alzando la mano y los ojos al cielo como diciendo:

—¡Adios!... ¡hasta el cielo!...

Y desapareció rápidamente. D. Telesforo se acercó al lecho.

Los niños de Virginia que le seguían le tiraban por ambos lados; no les gustaban las oscuras tintas de aquel fúnebre cuadro.

La niñez tiene un horror instintivo por todo lo que no es alegre y bello.

—Vámonos al Retiro, abuelito, decía el mayor.

—Nos has prometido llevarnos en coche, añadió el pequeño.

—Al verle rodeado de sus nietos contemplo hecha la reconciliación, exclamó Sor Teresa. ¡Cuánto me alegro!...

—¡Ah! estos chiquitines me vuelven loco!... murmuró el anciano mirándolos con ternura.

Jaime, recobrado completamente de su letargo, se había incorporado un poco sobre las almohadas, manifestando en su actitud pensativa que estaba recordando las causas de su desmayo.

Dirigió una mirada ansiosa por toda la sala.

—¿A quién buscas? le dijo Sor Teresa.

—Al Conde.

—¿Y para qué?

Jaime calló, le mortificaba dar una respuesta que, si bien estaba conforme con sus ideas, no lo estaba con su corazón.

Esta pregunta y este nombre volvió á establecer entre ellos la valla del resentimiento; ella viéndole fuera de peligro acalló las angustias de su corazón, y volvió á pensar que la ofendía creyéndola ambiciosa y capaz de sacrificar su amor por una corona aristocrática. Él con su instintiva delicadeza recordó que poseía una mediana fortuna, y sentía no poder ofrecer á su amada los treinta millones y el título de Condesa que aquel hombre ponía á su disposición.

Entregados ambos á sus ideas permanecieron en silencio; silencio que fué interrumpido por la llegada de un dependiente del Hospital, que entregó á Sor Teresa una carta.

Los ojos de Jaime se fijaron en ella con ansiedad; ésta recogiendo la expresión de aquella mirada, tomó la carta, y adivinando su procedencia se la dió á Jaime sin abrirla.

—Léela tú, le dijo, y fué á sentarse á la cabecera de la cama.

Su tranquilidad, su admirable calma revelaban que no se agitaba en aquella alma tan buena ninguna nube tempestuosa. Era su corazón como un pequeño arroyuelo, que sin los agitados oleajes de las grandes pasiones, sigue majestuosamente el camino que le trazara en este mundo la mano del Eterno.

(Se concluirá.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA SUBIDA DE LA MAREA.

(CONTINUACION.)

—¿Piensa tu madre seguirte al regimiento? ¿Ha solicitado por ventura la plaza de cantinera? dijo Pedro en tono de zumba.

—No señor, repuso el militar poniéndose colorado, soy yo quien dejará el regimiento.

—Pero, ¿y tu vocación por la carrera de las armas? ¿Y tu miedo á las olas?

—Yo no las tengo miedo, repuso el militar con prontitud; es mi madre la que no quiere consentir en que me lance al mar, y con todo, he cruzado el Estrecho.

—¡Valiente cosa! repuso el marino con un gesto desdenoso, si no has hecho mas hazañas para merecer el grado de sargento! Pero, en fin, ¿qué proyectos ha formado tu madre?

—Los sabreis dentro de poco.

—Enhorabuena; entre tanto sentémonos, y tú, hija, vé á decir á tu madre que disponga doble cena, porque tenemos un convidado.

—Dos, padre mio, dos, exclamó Petrilla, que al traspasar el dintel se halló, sin saber cómo, en los brazos de su tía Mariana.

La buena mujer estaba loca de contenta al ver á su hijo tan afectuosamente acogido por el *Lobo de mar*, y acariciando á la doncella con una ternura desusada, saludábala con el nombre de hija, el por qué, Andrés lo sabía.

III.

Andrés era el único hijo de la hermana mayor de Josefa. Su padre, al perecer en un naufragio, no dejó mas que deudas. Solo Dios y la viuda sabían los trabajos que la infeliz pasó para ir sacando adelante al hijo de sus entrañas. Demasiado altiva para humillarse á pedir una limosna, y harto delicada para consentir en gravar á sus parientes, que no eran ricos, afanábase un día y otro día por ganar un jornalillo, ya en el horno, ya en el lavadero, ya en las casas donde asistía. En la época de los baños hacía bañera, y á pesar de lo mucho que aborrecía el agua salada se remojaba en ella diez, quince y veinte veces al día, según el número de sus parroquianas, entre las cuales no faltó una que decía: «Esta mujer es imposible que no tenga escamas en el cuerpo.»

Eguren, compadecido de la situación del huérfano y de la viuda, quiso llevarse al sobrino y hacerle un hábil pescador, pero la pobre mujer guardaba rencor al piélago, y de ningún modo quiso aceptar la oferta.

—Primero arrancaré piedras con los dientes, dijo á su cuñado, que consentir en que mi Andrés sea pescador, ni cosa que huelva á marino.

—Pues hágale canónigo de Toledo, repuso Eguren con asperza. Con este motivo resfriáronse las relaciones entre los hermanos; pero Josefa y el *Lobo de mar* no por eso dejaron de interesarse por el huérfano.

Esté llegó á ser un hombre sin tener oficio ni benefi-

cio; avergonzabase de tal situacion, y no pudiendo vencer la repugnancia que su madre tuvo siempre al mar, fué preciso renunciar á la vocacion, que á su modo de ver, sentia por la carrera de marino, y no hallando medio de ganarse la vida en el pueblo, bien á pesar de la viuda, sentó plaza en los tercios vascongados.

Ya hemos visto que obtuvo en Africa el grado de sargento. Escusado es ponderar las angustias que pasó la triste viuda, porque todos, como ella, sabemos que las balas no son menos temibles que las olas. Quitábase la infeliz el pan de la boca para comprar cirios que alumbrasen el altar de la Virgen de Lesar ó el de Nuestra Señora de Arrate, á cuyo elevadísimo santuario mas de una vez subió descalza en cumplimiento de algun voto formado en sus noches de insomnio y de zozobra.

Ya os hemos dicho que Andrés era buen mozo; nos falta decir que á esa ventaja, no despreciable, añadía la de ser listo, bien hablado, juicioso, y para su clase muy instruido; sus modales eran finos, su conducta irreprochable, y con todo esto su modestia rayaba casi en timidez. Su madre le ponía sobre las nubes, su tío Pedro le apreciaba muy de veras, su tía le manifestaba una predileccion muy marcada, y su prima en esto, como en todo, seguía el ejemplo de su querida y buena madre.

Andrés cuando tomó el partido de hacerse militar, sufrió con paciencia la burla de su tío, que á fuer de lobo de mar, hincaba el diente á los soldados siempre que se le presentaba la ocasion; en tales casos las alabanzas de Josefa y las dulces miradas de su hija servíanle de indemnizacion, y eran, por decirlo así, un bálsamo que suavizaba los rasguños que su amor propio recibía en los ataques del *Lobo de mar*.

Terminada la guerra y cumplido el término de su engagemente, Andrés era dueño de volver á su casa, ó continuar en el servicio ingresando en alguno de los cuerpos del ejército permanente: por el pronto pidió y obtuvo una licencia temporal. El día que su madre supo que muy en breve podría verle creyó volverse loca de alegría; pero en vez de comunicar su gozo á los parientes calló la feliz nueva, deseosa de causarles una sorpresa. En esto, á decir verdad, entraba un poquito de malicia, ó mejor dicho, de táctica militar. La madre del sargento abrigaba ciertos planes; proponíase nada menos que rendir por sorpresa una plaza fuerte.

Mi buen hijo, decía la viuda, puede apartarse del servicio militar el día que tenga una colocacion; esta no falta, lo que falta es dinero... los dueños del café se han enriquecido en pocos años, van haciéndose viejos y desean retirarse á buen vivir. Yo sé que por una cantidad no muy crecida traspasarán el establecimiento. Andrés sabría regentarle mejor que ningun otro del pueblo... lo malo es que no tiene ahorros... Su prima, sin ser rica, sino de virtud y buenas cualidades, puede contar con un dotecillo; mi hermana no se opondría si yo la propusiera que aceptase á su sobrino para yerno... La chica no le mira con malos ojos... Si el *Lobo de mar* quisiera.

Este y otros monólogos de que os haremos gracia tenían la cabeza de Mariana hecha una jaula de grillos; deseaba y temía que llegara el momento del ataque; lo primero era persuadir á su hijo y hacerle entrar en sus planes, lo cual

parecía con razon mas hacedero que la empresa de rendir al *Lobo de mar*.

En efecto, Andrés, á la primera insinuacion, manifestóse muy dispuesto á cambiar de casaca.

Con tales proyectos y esperanzas llegaron hijo y madre al caserío de Urcusa, morada del pescador, y ya hemos visto que no fueron mal recibidos.

IV.

La cena fué abundante, los brindis alegres, y la conversacion animada; hubiérase dicho que los galones de sargento imponían respeto al lobo de mar; sus burlas no eran tan pesadas ni tan frecuentes, pero al fin de la cena perdió el buen hombre los estribos, y aunque Andrés procuraba tomarlo á broma, el caso es que poquito á poco se fué acalorando, y la disputa corría peligro de que se convirtiera en camorra.

Las mujeres lo evitaron, dirigiéndoles algunas palabras cariñosas, bien convencidas de que una palabra suave, por lo regular produce el mismo efecto que un sorbo de agua fría; éste apaga el hervor de la olla, y aquella el de la sangre.

Petrilla no se atrevió á terciar en la conversacion, pero sus ojos decían bien claro que deseaba la paz entre tío y sobrino; ambos lo conocieron, y esto bastó para que se cortara la disputa.

El sargento se informó de la suerte de sus parientes y amigos; el mas predilecto acababa de morir en un naufragio. Andrés no pudo contener una lágrima, y enjugóla disimuladamente.

Pedro adivinó aquella lágrima, y conmovido, le tendió la mano diciendo:—Perdona, mi querido Andrés, que haya estado algo brusco; ya sabes que no lo puedo remediar.... la culpa es del tiempo; hace ocho dias que me tiene fastidiado sin poder salir á que me columpien las olas. Este pícaro suelo me marea... supongo que no estarás enfadado conmigo, ¿eh?

—¡Yo enfadado con Vd.!! No por cierto, mi querido tío, y la prueba es que voy á pedirle una gracia, de la cual depende la felicidad de cuantos estamos aquí.

—¡Hombre! hombre, me vas inquietando con ese preámbulo... ¿de qué se trata?

—De la felicidad de la familia... pero aquí no me atrevo á dar á Vd. mas esplicaciones; si quisiera salir conmigo allá fuera... podríamos hablar con mas franqueza del asunto.

—¡Diántre! La cosa por lo visto es mas seria de lo que pensaba. Vamos, hombre, dijo el pescador dirigiendo el paso hacía la puerta; subamos á la sala, y sepamos de una vez qué gracia tienes que pedirme.

Andrés, en cuanto se vió á solas con su tío, espúsole, aunque no sin timidez, todo el plan concebido por su madre, y concluyó por decir:—Ahora ya sabe Vd. que mi dicha se halla entre sus manos. Si me concede Vd. la mano de Petrilla, todo mi anhelo será procurar que nunca se arrepienta, y que mi esposa sea tan feliz como merece serlo. En mí tendrán Vds. un hijo amante y agradecido.

—¡Por vida de todas las bellezas que hay en el mar!... Eso es tirarme á los piés una bala roja cuando mas despre-

venido estaba! Yo, Andrés, á la verdad, te aprecio mucho, te juzgo muy digno de mi afecto. Eres un excelente muchacho... pero...

—Harto pobre, ya lo sé.

—¡Voto á Sanes!! gritó el pescador. ¿Quién habla de pobres ni de ricos?... ¡Valiente caso hago yo del dinero!! Eres hombre de bien, inteligente, laborioso y robusto; no tienes vicios; para soldado..... eres valiente..... sabrás buscártelas, hijo, sabrás ganarte honradamente la vida..... pero.....

—¿Pero qué? ¡Vamos! esplíquese Vd. de una vez, y sepamos por qué no me quiere dar la mano de Petrilla.

—Pues bien, repuso el pescador en tono resuelto; voy á decírtelo muy clarito. No me acomoda para yerno un militar.

—Pero ya he dicho á Vd. que me hallo pronto á dejar la carrera.

—¡Para meterte á cafetero! repuso Eyuren haciendo una mueca desdeñosa... No me conviene, chico, no me conviene... Mi yerno, para que lo sepas, ha de ser lo que yo he sido toda mi vida; un lobo de mar, ni mas, ni menos.

(Se continuará.)

M. S.

MODAS.

Explicacion del Figurin de Peinados.

Figs. 1.^a y 2.^a Peinado de bandós dobles, bucles por detrás y tirabuzon postizo.

Ábrese para este peinado raya en medio de la frente y otra transversal, y se divide en dos partes el pelo de cada rizo, ondulando la superior y retorciendo sobre ella la inferior, llevando los cabos al tronco, que se atará muy alto, aumentándole un añadido: con éste, y con auxilio de un molde cilíndrico, se forma el retorcido ó bucle que rodea la cabeza, y en el centro con el cabello natural se hacen tres partes, colocando un bucle largo en el centro, y otro mas pequeño á cada lado: completa el peinado tirabuzon postizo á la izquierda y le sirve de adorno follaje de oro.

Fig. 3.^a Peinado levantado en retorcidos de la frente, moña alta y diademas de pelo, y tirabuzon postizo.

Se necesita para este peinado una doble diadema que forma un feston con los cabellos, y que debe comprarse postiza ó mandarse hacer. Se abre entonces raya transversal, se coloca sobre ella la diadema, y con el pelo de adelante se hacen tantas separaciones como ondas tiene la diadema, introduciendo cada una de ellas por una onda, despues de retorcerla ligeramente en el dedo: por detrás se coloca castaña muy alta, y un tirabuzon que en la parte superior figura cordon, y se abre doble desde la mitad. Adorna el peinado una doble diadema de metal que sigue la misma forma que las del pelo.

Figs. 4.^a y 5.^a Peinado de bandós vueltos, grupo de sortijillas á la frente, y cocas y tirabuzones por detrás.

Ejecútase este peinado abriendo raya como para el anterior, separando el pelo de cada sien y peinando el resto á lo chino. En la parte superior de la cabeza se hace una trenza que sirve de sujecion, y el resto se divide en distintas partes, que se forman con molde de otros tantos bucles perpendiculares, que van á prenderse á la trenza: el pelo de cada sien se levanta en bandós, y en el centro se coloca el grupo de sortijillas, haciendo con los cabos del pelo de los rizos y de los bucles de atrás diferentes bucles pequeños, que se prenden en los huecos para redondear el peinado. Ahora solo falta colocar por detrás cuatro tirabuzones desiguales, que caen sobre la espalda, y una guirnalda ligerísima de flores y follaje, que cruza en diadema y desciende por un lado.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

Núms. 1 y 2. Centro y banda para un gorro griego, bordado á cadeneta.

NUM. 3. Cuello, bordado á plumetis.

NUM. 4. Puño correspondiente al mismo.

NUM. 5. Cenefa, bordada al pasado.

NUM. 6. Esquina de pañuelo, bordada á punto ruso, con lancil.

NUM. 7. Entredos y floreado para camisetas, bordado á plumetis.

NUM. 8. Tira, bordada á feston.

NUM. 9. Entredos, bordado á plumetis.

NUM. 10. Tira, bordada á feston.

NUM. 11. Cenefa para enagua, bordada con trencilla y á punto ruso.

NUM. 12. Esquina para cortinas ó antimacasar, bordado á la inglesa y feston.

NUM. 13. Cenefa, bordada con trencilla, y aplicaciones de cuadros de malla.

NUM. 14. Ramo para caidas de cinturon, bordado al pasado.

NUM. 15. Idem, bordado á plumetis.

NUM. 16. F. E., bordadas á realce y arenilla.

El Patron que va al otro lado de este pliego, es para una camiseta de muselina ó de foulard, con entredoses de encaje negro. Como verán nuestras lectoras, se compone de delantero, espalda, manga, puño y mitad del cuello para el escote.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.